

La doncella abrió la portezuela y montaron.

—Al Retiro, dijo Tránsito.

El carruaje partió.

Al mismo tiempo que su hija, la marquesa había dejado el lecho; sin embargo de que apenas hacía dos horas que le ocupaba.

Entró en su tocador, pidió el coche y despues hizo que sus doncellas la vistiesen un traje negro, sencillísimo; un espeso velo de encaje cubrió su cabeza, y tomando la sombrilla, el abanico y los guantes que la alargaban sus doncellas, bajó aceleradamente al vestibulo, y entrando en el carruaje, dijo, á semejanza de su hija y como si hubieran estado de acuerdo:

—Al Retiro.

El carruaje partió con rapidez.

La casualidad hizo que la madre y la hija no se vieran al aparse. Consistió en que los caballos que arrastraban la carretela de la marquesa eran mejores y mas vigorosos que el pobre jamelgo del tres por ciento, y llegando algunos momentos antes, se internó por las alamedas de la izquierda, donde la aguardaba impaciente D. Geroncio Maravillas.

Blanca, que hacía un momento esperaba á Tránsito, los vió pasar sin que reparasen en ella, cubierta como estaba con el espeso velo de su sombrero.

No por eso dejó de alarmarse, y cuando distinguió á su amiga, corrió hácia ella diciéndola con cierto sobresalto:

—Aquí está tu madre.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué contrariedad!.... ¿quién la acompaña?

—Un caballero de mal aspecto, antipático como el solo.

—Ya viejo, alto, seco, con patillas....

—Justo.

—Es D. Geroncio, dijo Tránsito pensativa.

—Creo haber visto á ese caballero en alguna parte; pero en este momento no sé dónde....

—Anoche en el baile....

—¿Estaba?

—Sí; yo le ví á última hora.

—Pues no fué allí... en fin, dejémosle y vamos á lo que importa; ¿qué hacemos?

—Permanecer aquí, fuera una imprudencia.

—Lo creo porque tu madre desearia saber quién soy, y no dejaria sin castigo la audácia que tuve al presentarme en su lucida fiesta, sin pertenecer á la aristocrácia ni haber recibido para ello la competente invitacion.

—En verdad que causaste una revolucion; todos te miraban, admirando tu donosura, tu gentileza y el irresistible ademan con que hiciste bailar á D. Severo, ¿le conocias ya?

—Sí; es vecino de Marciana; y con este motivo, he tenido ocasion de verle mas de una vez.

—Tienes razon, no me acordaba; y eso que no olvido un momento á la infeliz Renata.

—¡Pobre jóven! víctima suya....

—Es un hombre tan mezquino, le aborrezco de muerte; y por mi desgracia estoy condenada á verle en mi casa á todas horas, es el amigo íntimo, el Mentor puede decirse de mi papá!

—A todo esto, dijo Blanca interrumpiendo á su amiga, estamos perdiendo un tiempo precioso; vámonos; en la Castellana hablaremos.

—¡Calla! mi madre vuelve por aquí.

—Escóndete detrás de este árbol, no puede vernos.

Las dos jóvenes se internaron por una alameda; pero la marquesa, en vez de pasar de largo, se fué á sentar en un banco de piedra tan cerca de donde ellas estaban, que sin esforzarse mucho, podian oir toda la conversacion.

—Creí que allá estaríamos solos, y se nos han anticipado una porcion de parejas; aquí estamos bien, y sobre todo, esto está solitario.

Tránsito se estremeció; conocia la borrascosa vida de su madre y temblaba porque una persona estraña iba á sorprender uno de sus secretos.

—¡Quisiera marcharme!.... murmuró en voz baja; si vuelve la cabeza y nos vé, somos perdidas.

—No es fácil; el ramaje nos cubre enteramente, y aunque vea personas aquí con el velo echado, no nos conoce ni tiene derecho para acercarse á nosotras, ignorando quién somos; así, lo mas que puede hacer es marcharse.

La marquesa seguia diciendo:

—Al momento desarmas mi cólera; te amo tanto, que no sé resistir á ninguno de tus ruegos.

—¿Y yo no hago por tí cuantos sacrificios son imaginables?.... ¿No he abandonado por tu amor, mi muger y mis hijos?....

—¡Calla!.... sé cuánto te debo; no me recuerdes nada....

Tránsito estaba en brasas.

—Ya sabía yo que tu madre era una miserable!.... murmuró á su oido Blanca.

—¡Ah! ¡por Dios, vámonos de aquí!.... exclamó la pobre jóven en ademan de súplica.

—Aguardemos hasta el fin, dijo Blanca con resolucion aplicando el oido.

—¿Y qué has hecho de mi encargo? preguntó la marquesa á D. Geroncio.

—Mucho y nada.

—Espílicate.

—Veamos la nota.

Geroncio sacó un papel del bolsillo, y desdoblándole, leyó con calma:

—«Deseo saber quién es Blanca la Estranjera; con qué cuenta para desplegar ese boato deslumbrador.»

—En cuanto á lo primero, dijo Maravillas dejando de leer, nadie sabe quién es esa muger, de dónde ha venido ni dónde vá. Sus criados son todos griegos, á ningun idioma contestan, y no se dobligan ni á la seducción, ni á la amenaza. En cuanto á lo segundo, sus arcas deben ser un Potosí; porque son inagotables.

—¿Es eso todo lo que has averiguado?

—Todo; he pretendido saber á qué hora sale y entra; y tambien me ha sabido mal, porque su palacio tiene cuatro puertas á diferentes calles; además, el coche sale y entra á todas horas con las

cortinillas corridas, de manera que no se la puede ver. Esa mujer es un misterio palpable.

—Pues yo necesito á todo trance indagar su origen, descubrir su secreto..... y proporcionarme un retrato suyo.

—¿Y qué haremos? inventa tú, cuyo talento es mas fecundo en recursos; serás la cabeza que guie, yo el brazo que obre; por complacerte estoy dispuesto á todo.

—¿Tendrias valor para entrar en su casa?

—¡Valor! ¡dices valor!... ¿quién lo duda? procúrame un medio, y verás cómo penetro, aunque sea en el infierno.

—Vas con cualquier pretesto; dices que deseas ver á la señora, y con astucia, con maña, vas de una en otra habitacion hasta que estés en su gabinete. Allí debe tener retratos; tomas uno y te sales. Si al paso ves alguna cartera, algun album donde conste su nombre, si algunos secretos de su vida, lo arrebatas tambien y en ello veré una prueba de tu amor, que sabré recompensar prodigamente.

—¡Ah! sí, el fin es mejor que el principio.

—¿No te atreves?

—¡Dificililla es la empresa..... pueden cogermé, y creyéndome un ladron, vaya danzando con mi cuerpo al Saladero.

—Otra cosa: te vistes con elegancia, te presentas con la idea de ver á la señora; si no te lo permiten, procuras esconderte, y de este modo, aunque te sorprendan, tienes disculpa.

—¿Y cuál?

—La de fingirte enamorado de ella.

—¡Hola! ¿entonces me autorizas para que la haga el amor?

—Sí, siempre que sea una ficcion solamente.

—Bien; ensayaremos esta noche un medio que estoy proyectando desde anoche.

—¿No me le comunicas?

—Despues; lo reservo por si fracasa.

—¿Y cuándo me darás cuenta?

—Mañana á estas horas? ¿te parece?

—Sí, aquí en este mismo sitio.

- Corriente.
- Don Geroncio se levantó.
- ¿Ya te vas? le dijo la marquesa.
- Sí; porque vá entrando mucha gente en el Retiro, y no conviene que nos vean.
- ¿Y por qué? todo el mundo sabe que eres amigo de casa, y nadie estrañará que me acompañes.
- No es oportuno; la gente es murmuradora, y además yo me escondo de dia y salgo de noche.
- ¿Pues no conseguí ya tu indulto? ¿qué temes?
- Temo á mi muger, murmuró bajando la voz.
- ¿A tu muger? ¿estás loco?
- Nada de eso; disfruto de la mayor cordura.
- ¿Pues no la dejaste en Búrgos?
- Sin recursos y con cuatro hijos; pero se conoce que ni uno ni otro la ha impedido el venirse, y me busca por todas partes con incansable actividad; he tenido que mudar de domicilio tres ó cuatro veces, y cuando salgo de dia, voy siempre disfrazado.
- ¿Y sabes dónde está?
- Sí; apenas llegó á Madrid, fué á buscarme; dijeron que no estaba y me dejó en un papelito las señas de su casa, Plazuela de Oriente, núm. 60, buhardilla. Como puedes suponer, en igual de ir á buscarla, me escondí mejor para que no me encontrase.
- Tránsito estaba con la cabeza entre las manos, ahogados gemidos salian de su pecho, y por mas esfuerzos que hacía, no la era posible contener su llanto.
- ¿No vive Ildemaro en esa casa? la preguntó Blanca al oido.
- Sí, balbuceó la pobre niña estremeciéndose.
- No tiembles....
- ¡Ah! ¡qué concepto formarás de mí, tú que eres tan buena, tan virtuosa!...
- ¿Y por qué?...
- ¡Oyendo á mi madre!...
- Tránsito se detuvo con temor.

—Te comprendo, exclamó Blanca; y no temas, mi juicio te será siempre favorable, pues en nada te pareces á ella.

La marquesa y Maravillas habian seguido hablando.

—Y el negocio de D. Severo, ¿cuándo le abordamos? preguntó Geroncio á la marquesa.

—Estoy preparando el terreno; mañana hablaremos de él, contestó la esposa de D. Alvaro sonriendo con cierto aire de malicia.

—Corriente: pues hasta mañana; te acompañaré hasta la puerta.

Se fueron alejando; Tránsito, cuando los vió marchar, respiró con libertad.

—¡Qué pobre de espíritu eres, querida mia!.... la dijo Blanca besándola en la frente.

—¡Ah! ¡soy muy desgraciada!.... exclamó la pobre jóven y rompió á llorar amargamente.

—¡Lloras!.... pobre niña; ¡cómo te acobardan las tormentas del mundo!.... ¡tú, única rama saludable en un árbol corrompido, gimes y te doblegas al soplo del huracan!

—¡Ay! ¡déjame llorar en tu seno!.... en mi casa no tengo una persona que me ame ni que me comprenda, y solo hallo entre los míos el sarcasmo y el desprecio!....

—Porque eres virtuosa, y ellos no conocen la virtud.

—Ignoro la razon; yo hasta este momento no conceptuaba á mi madre tan culpable.

—Pues debes espiarla.... su amor por ese hombre la arrastra y quizá con tu celo evites alguna desventura. Vive prevenida y confíame todas tus dudas, yo te ayudaré á resolverlas. Ahora separémonos; son las ocho y tengo que acudir á mi taller.

—¡Me olvidaba que eres modista!.... ¡qué felicidad! á mí me rodean el lujo, las comodidades, y sin embargo envidia tu posicion tranquila, segura, sin nublados que enturbien tu dulce felicidad. ¡Cuánto daría por vivir contigo y huir de ese palacio funesto!....

—Acaso lo consigas, ¡quién sabe lo que nos guarda el porvenir!.... dijo Blanca con voz profética.

—¡Vivir contigo, léjos de mi casa, donde, sin ser culpable,

siento el remordimiento, sería para mí una ventura inmensa!...

La infeliz jóven decia la verdad.

Desde su niñez habia vivido sola, aislada en medio de su familia, sin caricias, sin el afectuoso cuidado de un padre, sin el maternal desvelo, sin la tierna solicitud de una hermana mayor.

En aquella casa cada cual era un rey; obraban á su antojo, satisfacian sus caprichos sin trabas, sin freno de ninguna especie.

Y en medio de aquella república, de aquella omnimoda libertad, creció pura y fragante cual la modesta violeta la pobre Tránsito.

Sin darse cuenta de ello, sin una razon para obrar así, odió el vicio por instinto desde su niñez, y dejándose llevar de los sentimientos nobles y generosos que sintió brotar en su corazon, practicó la virtud y fué buena porque no habia nacido para ser mala, ó por aquello de que á veces en un árido erial donde solo se cria el cardo y el jaramago, aparece á su lado, creciendo á par de ellos, una solitaria y silvestre florecilla.

Así era Tránsito, inocente y pura en medio de la corrupcion y del vicio.

Blanca descubrió el tesoro de bondad que se encerraba en su pecho, y haciéndola su amiga, se propuso salvarla del anatema que sobre su familia pesaba.

Quedaron en verse otro dia, y despidiéndose cordialmente, Tránsito montó en el vetusto simon que la aguardaba, y luego que hubo desaparecido, á una imperceptible seña de Blanca, se acercó una magnífica berlina tirada por dos briosos caballos, que á veinte pasos de allí aguardaba sus órdenes.

La jóven ocupó con magestuoso y digno ademan el asiento de preferencia, y como quien está acostumbrada al mando toda su vida, dijo al lacayo, que con el sombrero en la mano estaba en la portezuela:

—¡A casa por la puerta de la calle de la Aduana!

CAPITULO IX.

Blanca la Estranjera.



TRASLADÉMONOS, amigo lector, al suntuoso palacio de Blanca la Estranjera.

Segun hemos dicho en otro lugar, está situado en la calle de Alcalá, cogiendo la de Peligros y estendiéndose indefinidamente por la de la Aduana.

En esta y ante una puerta bastante grande y aunque de no lujosa apariencia, se detuvo la berlina de Blanca, ó por mejor decir, apenas llegó, una mano invisible franqueó la entrada y el coche siguió rodando por un patio hasta detenerse al pié de una escalera de mármol.

Blanca se apeó, y subiendo un tramo, se detuvo en un salon de la derecha.

—¿No ha venido mi administrador?... preguntó á uno de los muchos criados que habia en las antesalas.

—Sí, señora, contestó; hace un rato que aguardaba las órdenes de V. E.

—Dile que aguardo en mi gabinete.

El criado se inclinó con respeto.

Todos los criados con la señora hablaban en excelente castellano: entre sí, en un idioma que solo ellos comprendían.

Blanca siguió atravesando magníficas habitaciones, decoradas con régia suntuosidad. Dejó á un lado una preciosa cámara tapizada de raso azul y entró en un gabinete espacioso, con balcones á la calle de Alcalá y en el cual la riqueza, el arte y el buen gusto se habían disputado la supremacía en embellecerle, consiguiendo con sus esfuerzos hacer un aposento tan bello, tan encantador, que parecía un portento de las Mil y una Noches.

A los frescos del techo, la talla de las cornisas, el terciopelo y oro de las paredes, los encajes de las colgaduras, uníanse los adornos, figuras, relieves y otros mil dijes á cual mas nuevos, á cual mas ricos, á cual mas preciosos, que se ostentaban en las consolas, veladores y rinconeras.

Entre los dos balcones habia un mueble de una madera de color claro, que despedía una suave fragancia. Tenia incrustaciones de oro, concha y nácar, siendo su figura una forma particular, que se variaba repentinamente por medio de un resorte, convirtiéndole, segun el capricho, en sillón, piano ó papelera.

Empero estas variaciones solamente las hacía Blanca, y eso muy raras veces. Ella casi siempre le llamaba su secreter.

Al entrar en aquel gabinete no se encontraba la salida, tan disimuladamente estaban embutidas las puertas en la pared y forradas de terciopelo carmesí con flores de oro.

Sin embargo, desde allí se salía á un salón de recibo, por otro lado al tocador, por otro al dormitorio, y por otro esto era en un ángulo ó una galería que conducía á un jardinito, donde Blanca acostumbraba á pasear todas las noches. Allí tenia su gabinete de estudio y el cuarto de los leones, adonde conduciremos al lector aprovechando la primera oportunidad que se presente.

Cuando la jóven entró, dos doncellas se presentaron en la puerta del tocador y en la del dormitorio.

A un signo imperceptible de Blanca, se acercaron y quitándola el sombrero, la manteleta, el abanico y los guantes que ella les

alargaba, pusieron un sillón cerca del secreter y se retiraron sin hablar una palabra.

—Son las ocho y media, dijo Blanca mirando el reloj; á las nueve me vestiré de vieja; á las nueve y media necesito el coche; á las once almorzaré.

Las camareras se inclinaron en silencio y salieron del gabinete. Poco despues en la puerta que comunicaba con el salón se presentó un negro de facciones espresivas y de arrogante estatura demandando permiso de la señora para llegar á su presencia.

Obtenida la vènia, entró; era el administrador.

—¿Has estado en la colonia? le preguntó Blanca.

—Vengo de allí, contestó con un timbre de voz metálico y sonoro inclinándose ligeramente.

—¿Y cómo van los trabajos?

—En progresion ascendentes; las casas están concluidas, y ahora los pintores y los vidrieros las darán la última mano.

—¿Hay alguna en disposicion de habitarse en seguida?

—Las que lindan con el palacio.

—¿Son grandes?

—De las mayores; piso principal, segundo, terrado; y en el bajo, habitacion para el portero y jardín.

—Corriente: necesito para dentro de dos horas, que una de ellas esté completamente amueblada y en disposicion de recibir á una familia.

—¿Cuántas personas?

—Madre y cuatro hijos.

—Sera servida V. E.

—Encarga que un criado de confianza vaya con un coche á situarse en la plazuela de Oriente, y cuando me vea pasar, que me siga.

—¿Tiene V. E. alguna otra cosa que mandarme?

—¿Has cuidado de los leones?

—Sí, señora; están perfectamente.

—Al anochecer déjalos sueltos, cuidando de abrir las puertas para que vengan á este gabinete. Es probable que se presente un ca-

ballero, ignoro en qué trage, es alto, con patillas; pretenderá verme, decidle que no estoy; pero no perderle de vista, se esconderá en alguna habitacion, procurando se encuentre en igual de lo que busca con espectáculo de los leones que guarden mi aposento.

—Se hará todo segun manda V. E.

—Ahora retírate y cuida de activar todo lo posible los trabajos de la colonia; hay muchos infelices que gimen en esas infectas buhardillas, y es necesario anticipar el bien antes de que la caridad llegue tarde.

El negro, inclinándose de nuevo, salió.

Blanca acercó su sillón al secreter, le abrió con una llavecita de oro que llevaba colgada al cuello, y por medio de un resorte le dejó en forma de papelera.

Buscó en uno de los cajones un libro encuadernado en terciopelo con planchas de oro. Era un manuscrito: las últimas hojas estaban en blanco; la jóven, mojando una pluma en un tintero de plata cincelada, escribió en aquel libro hasta llenar dos hojas. Luego le colocó donde estaba, y sacó de otro cajoncito un cuadro. Se puso delante de sí, y se quedó contemplándole abismada en honda meditacion.

Representaba un paisaje de la India, el mar á un lado, montañas á otro, y en una llanura una porcion de salvajes, que con demostraciones de alegria iban á sacrificar á un jóven sacerdote, el cual con edificante piedad demandaba del cielo el perdon para sus verdugos.

Blanca, llenos de lágrimas los ojos, le contempló algunos instantes, luego, haciendo un esfuerzo poderoso como para apartar de su vista aquel espectáculo, le retiró á un lado, cerró la papelera y se levantó secando dos gruesas y cristalinas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

Eran las nueve.

Entró en su tocador. Las camareras la esperaban de pié á los lados de un silloncito con el respaldo muy bajo, que estaba colocado delante de un espejo tan grande, que ocupaba toda la pared desde el suelo hasta cerca del techo.

En aquella preciosa estancia reuníanse en admirable concierto la elegancia, la riqueza y el buen gusto.

Todo era blanco; los sillones de terciopelo, las paredes de damasco, las colgaduras de los balcones, la alfombra del pavimento, que era una especie de tejido terso y fino, que comunicaba cierta frescura á la habitacion.

Los marcos de los espejos tambien eran de una madera blanquísima con incrustaciones de nácar. La mesa de mármol, sobre la cual se veian infinidad de frascos con esencias y pomadas, estaba á la derecha; á la izquierda y velado por colgaduras de encaje se veia un precioso baño de una blancura deslumbradora.

Estaba preparado para la jóven dueña de aquella régia morada, exhalando la balsámica y templada agua que contenia una fragancia deliciosa.

Para que nada dejase de ser armónico y bello en tan romántico tocador, las camareras eran dos hermosísimas jóvenes, rubias como el oro, con azulados ojos y lábios de coral. Vestian trages de batista blancos, y tenian los cabellos recogidos en redecillas de felpilla, salpicadas de perlas.

En un ángulo del tocador habia una puertecita que comunicaba con el guardaropa. En el dintel, pero sin pasar adentro, estaban otras dos camareras dispuestas á presentar el trage que la señora pidiese.

Una cortina de terciopelo blanco cubria aquella puerta, impidiendo que penetrase aire, y vedando al propio tiempo á las del guardaropa que dirigieran la vista al interior del gabinete donde su señora se desnudaba.

Blanca entró con mesurado y lento paso.

Se sentó en el silloncito, y dejando que las camareras la desnudasen, reclinó la cabeza en el respaldo, cerrando con indolente ademán sus grandes y rasgados ojos.

¡Ay! aquella rica y opulenta señora en la soledad de su aposento.... soñaba.... soñaba.... y con los ojos del alma veia mas allá de los mares otra tierra.... otros campos.... y en un desierto salvaje, combatido por las olas del mar y por los vientos, alzabase un

grupo de hombres, que llevaban en sus brazos á un sacerdote católico..... á un ángel mas bien..... su hermosura, la ideal belleza de su figura y de su alma le asemejaban á los querubes que en el Empíreo entonan el hosana en arpas de oro.

—Cuando guste V. E., la dijeron las doncellas.

Empero Blanca deliraba, hallábase en un mundo mas hermoso.

Abrió no obstante los ojos, y dejándose poner un peinador, se sumergió en el perfumado baño, aspirando con delicia los vapores que exhalaba.

Cinco minutos despues le abandonó satisfecha y tranquila; sus doncellas Emma y Lindora la arreglaron la cabellera, colocando encima una linda peluca salpicada de algunas hebras de plata, que en union de pomadas y otros recursos artificiosos, la convertian en una viejecita encantadora.

Quando salió del tocador completamente disfrazada, sonreia con cierto placer, si bien no exento de amargura, pero de una amargura íntima, natural, que estaba, por decirlo así, encarnada en su sér, en sus sentidos, hasta en su misma alegría.

Dicen algunos que el corazon de la muger es un misterio indescifrable; el de Blanca lo era tanto como su vida, como la historia tenebrosa y sombría de su pasado, historia que nadie conocia, hallándose consignada solamente en aquel libro encarnado, donde la hermosa jóven iba vertiendo dia por dia y gota á gota todas las impresiones de su alma.

Atravesó con paso firme el gabinete, entró en la galería que comunicaba con el jardin, y sintiendo al atravesarle un rugido espantoso, torció á la derecha y se detuvo delante de una puerta con enverjado de hierro; dos negros de atlética y aventajada estatura la guardaban.

—¡Abrid!.... les dijo su señora.

—Brasil está furioso; no se aventure V. E., indicaron los negros con cierta timidez, aunque dispuestos á obedecer si era preciso.

—¡Abrid!.... volvió á decirles con mas imperio la dama.

Obedecieron sin replicar. Entraron, y cogiendo un hierro candente que se calentaba en un hornillo, se pusieron cada uno al lado de la señora.

Ésta, con un ademán altivo, lleno de noble dignidad, les mandó que se detuvieran en la puerta de la jaula; ella penetró resuelta y audaz como el que tiene una gran confianza en el éxito de la empresa que acomete.

Dos hermosos leones, soberbios, magníficos, arrogantes, se agitaban bramando con espanto por el estrecho círculo de su reducido aposento.

Blanca clavó en ellos los ojos con espresion magnética, fascinadora, su mirada era fulgurante, sombría.

—¡Brasil! gritó con voz enérgica, levantando la mano en ademán de magestad suprema.

El rey de las selvas, el bravo leon del desierto humilló su indómita cerviz y fué á tenderse con sumision á los piés de la jóven.

—Bien, bien; ¡así te quiero!.... exclamó ésta con transporte acariciándole con vivo ¡placer; si eres bueno y humilde, saldrás á la selva..... luego subirás á verme.....

Un sordo rumor sonó al otro lado de la estancia.

Blanca se volvió rápidamente.

—¡Ah! ¿eres tú..... Guatemala? exclamó dirigiéndose á ella; ¿gruñes? ¿no estás contenta con mi disposicion?....

Otro sordo rumor la contestó.

La leona estaba amarrada á una cadena; no obstante Blanca se acercó hasta el alcance de su mano.

—Y bien: ¡tú ya eras vieja!.... duerme, duerme; entretente con esa chuleta.....

Le arrojó un pedazo de carne, que á una de sus señas le alargó un negro.

Entonces volvió á resonar otro sordo bramido, pero de Brasil que miraba con envidia á Guatemala devorar su estraordinaria racion.

— ¡Tambien habrá para tí!... ¡trae!... se volvió, y tomando otro pedazo, lo dejó caer en las abiertas fauces de Brasil.

Dió unos cuantos pasos atrás, salió y quedó cerrada la verja que separaba las dos jaulas del vestíbulo.

— Con las precauciones debidas, dejad que Brasil se pasee por la selva...., amarradle la cadena, que luego mi administrador vendrá por él para hacerle subir á mi cuarto.

Los negros, sin hablar palabra, se inclinaron como respetando las órdenes que acababan de recibir, y volvieron á ocupar sus puestos cerca de los leones.

Blanca atravesó el jardin, cruzó la selva de que antes se hablara, y que era, á semejanza de los bosques de América, un gran espacio de terreno, poblado de gigantescos árboles, de asombrosos arbustos formando con el desnivel del terreno montañas y grutas, y con las fuentes vistosas cascadas.

Llegó á una gradería, y atravesando un patio de columnas y otro cuyo piso era de mármol, elevándose en medio una hermosa fuente circundada de multitud de preciosas macetas, donde brotaban odoríferas y raras plantas, se detuvo en una galería, dió algunas órdenes á los criados, y entrando en otro patio, montó en el coche que la aguardaba.

La puerta que iba á la calle de Alcalá estaba abierta, y el carruaje salió por ella con rapidez, dirigiéndose á la plazuela de Oriente.

Un caballero que paseaba por la acera, miró con curiosidad al interior del coche en el momento en que Blanca dejaba caer el velo sobre su rostro.

— ¡Si será ésta!... murmuró el desconocido; pero es vieja, y la fama de Blanca la Estranjera la proclama jóven y hermosa; en fin, sea lo que quiera, voy á preguntar; ello es preciso penetrar aquí y descubrir alguno de los muchos misterios que este palacio encierra, si no, perderé el amor y la proteccion de esa diabólica marquesa que me tiene envuelto en sus redes.

El que así hablaba era Geroncio Maravillas.

Avanzó con resuelto ademan hácia el palacio, y encarándose con

el primer portero, que era un hombre tron grueso, carrilludo, con enorme nariz y gigantesca cabeza, capaz de aplastar á un hombre si dejaba caer á peso sobre él cualquiera de sus membrudos brazos. Sus piés y sus manos, á semejanza de la cabeza, eran de enormes proporciones.

Debía ser alemán y al parecer no entendía una palabra castellano. Su señora le llamaba Fritz, y sus compañeros Sanson.

—Dígame V., buen amigo; ¿es la señora esa que acaba de salir en el carruaje? le preguntó Maravillas encarándose con él.

—¡Ah!.... ¡Ah!.... exclamó Fritz abriendo una boca enorme.

—Este oso no me entiende, dijo para sí D. Geroncio dirigiéndose á otro portero que se paseaba á lo largo del vestíbulo.

Aquel, por el contrario de Fritz, era larguirucho, seco, anguloso, encorvado para adelante, asemejándose por su postura y estrema delgadez, á un galgo mas bien que á un hombre.

—Diga V., camarada, ¿es la dueña de este palacio la que acaba de salir en ese coche? le preguntó Maravillas.

El hombre galgo le miró con asombro, y abriendo la boca á semejanza de su flemático compañero, gaturó un

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh!.... que no pudo menos de hacer reír á su interpelante al propio tiempo que decia con rabia:

—En esta casa los extremos se tocan: ni el flaco ni el gordo me entienden. Veremos si soy mas afortunado con este negro que viene por aquí.

Acto continuo repitió su pregunta al negro; pero como si aquel estuviera de acuerdo con los otros, exclamó enseñando dos carreras de largos y afilados dientes:

—¡Jih!.... ¡jih!.... ¡jih!....

—¡El diablo cargue con todos! gritó desesperado Maravillas metiéndose por ver si pasaba hácia el interior del palacio.

Empero los tres criados, sonriendo y mirándose como si hubieran estado de acuerdo, fueron á colocarse cada uno en una de las puertas que comunicaban con el interior.

Llegó á la primera, Fritz estaba delante y haciéndole una reve-

rente cortesía, le mandó retroceder con un ademan lleno de magestad, exclamando:

—¡Ab!.... ¡ah!.... ¡ah!....

Maravillas se alejó no sin dirigir una mirada adentro.

—¡Magnífica escalera!.... murmuró para sí; estatuas, arañas, alfombras..... ¡oh! ¡cuánto lujo!....

Fué á la segunda puerta; el hombre galgo tambien le hizo su reverencia, pero grotesca, significativa, alargando dos brazos semejantes á las aspas de un molino, en ademan de impedirle la entrada y exclamando con voz gatural:

—¡Oh!.... ¡oh!.... ¡oh!....

—¡Voto al Diablo!.... ¡maldecidos cancerberos!.... repuso con coraje, sin desanimarse y yendo hácia el negro, despues de haber inspeccionado lo que se podia descubrir detrás del hombre galgo, y que era una larga série de salones decorados con espléndida magnificencia como todo el resto de la casa.

Al verle acercarse el negro, le hizo una mueca grotesca, y volviendo á enseñar sus afilados dientes, sonrió de una manera particular, exclamando con voz chillona:

—¡Jih!.... ¡jih!.... ¡jih!....

Detrás de él se veia un estenso patio con techo de cristal, piso de mármol y una hermosa fuente que elevaba, formando vistosos juegos hidráulicos, su magnífico surtidor.

Maravillas dejó al negro, haciendo una tentativa para pasar y pronunciando su demanda al propio tiempo con el ademan que con la voz:

—¿Puedo entrar?

Una significativa negacion de cabeza le hizo retroceder.

—Idos al infierno, murmuró saliendo á la calle con la firme resolucion de aprovechar un momento de descuido para meterse en aquel eden, donde la belleza, el lujo, el buen gusto y el misterio se aunaban en admirable concierto.

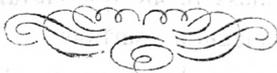
Un tres por ciento atravesaba á la sazón por la calle de Alcalá, llevando puesta en su sitio la tablilla *se alquila*.

A un signo de Maravillas, se detuvo.

—Te vas á situar aquí, enfrente de ese palacio, y no te muevas hasta que yo te lo mande.

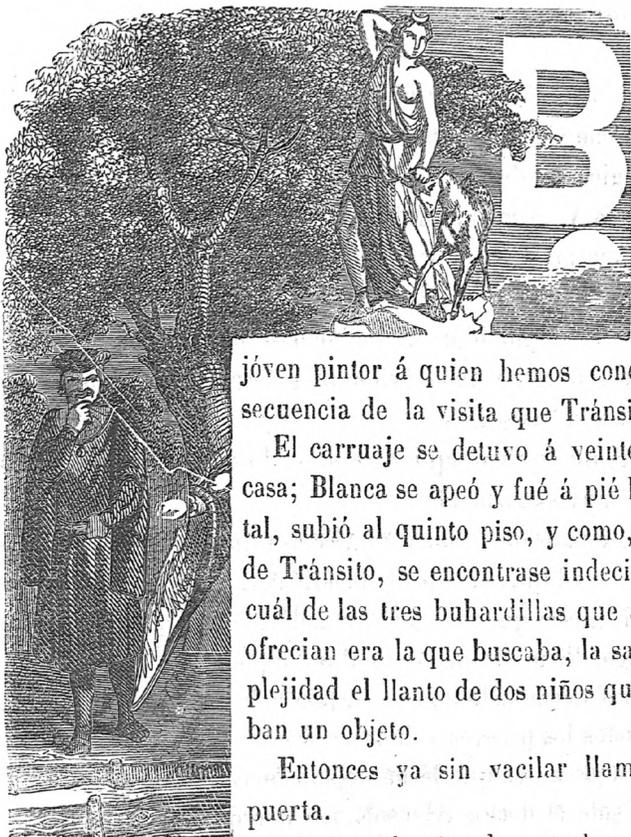
Geroncio, al decir esto, montó en el coche, cerró la portezuela y repantigándose en los almohadones, se dispuso, revistiéndose de paciencia, á esperar la ocasion en que un descuido de los criados le permitiese entrar en el palacio.

Aunque no le miraban, no dejó de notarse esta evolucion; los tres porteros se entendieron á media palabra, y uno de ellos, el hombre galgo, desprendiéndose del quicio á donde se habia pegado, subió á dar cuenta de lo que ocurría al administrador y á Lindora, la primera doncella de Blanca.



CAPITULO X.

Adalberto.



BLANCA, mientras la escena anterior tenia lugar, continuó su marcha hasta la casa de Ildemaro, el

jóven pintor á quien hemos conocido á consecuencia de la visita que Tránsito le hizo.

El carruaje se detuvo á veinte pasos de la casa; Blanca se apeó y fué á pié hasta el portal, subió al quinto piso, y como, á semejanza de Tránsito, se encontrase indecisa, sin saber cuál de las tres buhardillas que á su vista se ofrecian era la que buscaba, la sacó de su perplejidad el llanto de dos niños que se disputaban un objeto.

Entonces ya sin vacilar llamó en aquella puerta.

Cuatro niños salieron en tropel gritando con algazara:

—¡Mamá! ¡mamá!... ya está aquí mamá.

—Os habeis equivocado, niños; no es vuestra mamá, dijo Blan-

ca presentándose á ellos cual una hermosa y venerable aparicion.

—¿Quién ha llamado? preguntó Adalberto saliendo del cuarto del enfermo, apoyado en el grueso baston que le servia de apoyo.

Al ver á Blanca, se detuvo, apartó á los niños que la miraban con curiosidad, y la preguntó cortesmente lo que se la ofrecia.

Sin moverse del dintel, le contestó:

—Busco á la esposa de D. Geroncio Maravillas, ¿vive aquí?

—¡Mi papá!... ¡mi papá!... exclamaron los niños en coro.

—Sí, señora, contestó el anciano; estos son sus hijos, pero ella no está; rara vez se la encuentra en casa.

—Esto es una contrariedad; porque deseaba verla, murmuró á media voz la fingida anciana.

—Pase V., señora, y descansando puede esperarla si gusta.

—¡Oh! sí, con mil amores; al propio tiempo tendré el gusto de informarme cómo sigue el jóven pintor, de cuyo talento me ha hablado con elogio una de mis amigas.

—¿Se refiere V. á mi hijo Ildemaro?

—A un jóven muy simpático, que efectivamente lleva ese nombre y trabaja en casa de Mr. Ernesto.

—¡Es el mismo! ¡mi hijo!... exclamó el anciano con orgullo y dolor á la vez, pues no pudo evitar el enternecimiento que hizo asomar lágrimas á sus ojos.

—Una niña que estuvo aquí hace dos dias á verle, me le ha recomendado muy eficazmente.

—¡Ah! sí, una señorita muy angelical á quien debemos la salvacion de nuestro hijo.... ¡Dios la bendiga!... no contenta con dejarnos todo el dinero que tenia, nos mandó un médico, ó mas bien, un sér benéfico, lleno de mansedumbre, de bondad y de ciencia, que con la mas tierna solicitud se instaló á la cabecera del lecho, observando todos los progresos de la enfermedad y no consintiendo apartarse de aquí hasta que le ha dejado fuera de peligro.

—¿Habrá sido el doctor Alonso?... interrogó Blanca, sin embargo de que lo sabía muy bien, porque habia sido ella, no Tránsito, quien le mandó.

—Sí, señora, el doctor Alonso se llama segun una tarjeta que

nos ha dejado con las señas de su casa para que se le avise á la menor novedad: héla aquí, la guardo como una reliquia con el bolsillo de la generosa señorita nuestra protectora.

El señor Adalberto la sacó del bolsillo de su raído chaleco, y mostrándola á Blanca, leyó sin mirarla porque lo sabía de memoria:

«El doctor Alonso, calle de la Aduana, núm. 12.»

—¿Y qué particularidad ha notado V. en este sábio médico? le preguntó Blanca.

—Nada mas que una, su color, ¡qué lástima!

—Sí, es negro, un verdadero hijo de la Etiopía; pero eso ¿qué importa!... Se ha hecho por su talento una celebridad en América, en Europa, y solo le faltaba Madrid, donde ha venido como médico de Blanca la Estranjera, ¿la conoce V.?

—¡Pobre de mí! ¡cómo he de tener tan alto honor!... somos unos infelices, sin recursos, sin mas bienes que nuestra honradez y el trabajo de nuestro hijo.

—Pues desde hoy están Vds., juntamente con la esposa de don Geroncio Maravillas, bajo la proteccion de esa señora; yo soy su limosnera, la encargada de repartir entre los pobres, los inmensos tesoros de que el Señor la ha colmado.

—¿Y quién?... ¿quién pudo decir á esa gran señora el precario estado á que nos vemos reducidos?... ¿quién la dió noticia de nuestras humildes personas?... balbuceó medio temblando el pobre viejo.

—Por dos conductos distintos lo ha sabido: uno el doctor Alonso, otro la señorita de quien hablábamos hace un momento.

—¡Ah!... ¡la Providencia!... ¡siempre la Providencia! como ella nos dijo.... murmuró el anciano con las manos juntas y alzando al cielo los ojos llenos de llanto, en actitud de un profundo agradecimiento.

—Y bien, vamos á ver cómo está el enfermo, porque así que su estado lo permita, tendrán Vds. que trasladarse á la habitacion que se les ha preparado.

—Pase V., pase V., dijo Adalberto levantándose y guiando á la jóven al cuarto donde se encontraba Ildemaro.